

# El iluminismo en Mozart y Beethoven

Escribe: ALBERTO LONDOÑO ALVAREZ

El siglo XVIII que se inicia bajo el signo del Iluminismo, presenta el aspecto de una época profundamente revolucionaria. En un breve lapso de tiempo aparecen nuevas formas de la vida social y en las mentes plasmadas por la filosofía cartesiana se desarrolla un pensamiento eminentemente analítico que se manifiesta en una gran cantidad de descubrimientos en todos los dominios de la ciencia. Sin embargo, si se la examina con criterio histórico, esta centuria resulta que no entraña ninguna concepción esencialmente original: como toda época revolucionaria, no es más que una determinada etapa de un proceso de evolución espiritual, que en ella se precipita. Pues, por más innovador que pretenda ser, todo movimiento revolucionario está sometido al principio universal de concatenación de los hechos, "fruto y germen" al mismo tiempo.

Así, la ideología del siglo XVIII no hace más que marcar una nueva etapa en el proceso renacentista de individualización, cuya última fase es quizá la iniciada por el Iluminismo.

El elemento característico, la fuente de energía que alimenta todas las actividades del siglo XVIII, es el anhelo de una definitiva "liberación del individuo". No cabe duda, de que el individualismo—ya desde el Renacimiento—venía haciendo sentir su fuerza vivifi-

cadora en Occidente. Pero solo en el siglo XVIII, al iniciarse la separación material entre la Iglesia y el Estado, el individuo se emancipa en absoluto del dominio de la teocracia medieval.

La conciencia que adquiere el individuo de su importancia en la vida de la comunidad, y el sinnúmero de nuevas perspectivas que se ofrecen a su actividad dentro de un estado democráticamente organizado, despertaron en la masa humana nuevos impulsos creadores que se manifestaban en todos los sectores de la vida colectiva. El Estado, la filosofía, la ciencia: todo deberá ser reconstruido sobre "nuevos cimientos que excluyan deliberadamente la concepción metafísica medieval". La renovación de la música, que se inicia alrededor de 1730 abarca sus dos fases: la creadora y la interpretativa. No es posible apreciar las innovaciones sociales que surgieron en la segunda mitad del siglo XVIII, sin recordar las condiciones en que habían vivido los músicos de la época barroca. Todos, desde los más insignificantes hasta los más excelsos, eran empleados. Empleados eran con muchos deberes y pocos derechos; y no era nada excepcional que debieran vestir la librea de su patrón. El Iluminismo, que arremete contra la estructura social del absolutismo, conmueve también este menosprecio en que se tiene al músico. La etapa siguien-



te en el proceso de emancipación del artista es obra de la generación que vivió entre 1750 y el estallido de la Revolución Francesa y cuyo representante más genuino en cuanto a su aspecto social, fue Wolfgang Amadeus Mozart.

Mozart comenzó su vida artística como músico empleado. Pero en él ya está despierto un espíritu de resistencia activa. Consciente de su alta investidura artística se rebela contra una posición social que le imponía una costumbre conservadora. "El corazón ennoblece al hombre", escribe en una carta, y "aunque no soy conde, ni mucho menos, tengo más honor que muchos de los nobles". Pretende vivir solo para su arte. Pero el momento de la liberación social, aún no había llegado.

Aunque la carrera de Mozart se inscribe sin dificultad en el interior de la de Haydn, su arte es mucho más avanzado. Y esto no tanto por razones de técnica, sino de sensibilidad. Mozart no es un reformador ni un innovador, pero dará una amplitud y una fisonomía expresiva insólitas a las formas entonces en uso, que su genio extraordinario baña con luz única. Ha experimentado muy profundamente las más diversas influencias (Francia, Italia, Mannheim) pero las ha asimilado en forma tan perfecta que nunca se advierten rastros de imitación; su creación es siempre de una originalidad absoluta, de un acento personal como ninguna otra. La evolución de la música alemana da un considerable paso adelante gracias al rasgo dominante del espíritu mozartiano. Mozart superó a sus contemporáneos negándose a encerrarse en los estrechos límites del estilo galante, y fue casi el único de su tiempo que supo sacar provecho de las

enseñanzas de la música de Bach. Esta síntesis del arte antiguo y del arte moderno es, según parece, lo que ha permitido al genio de Mozart expresarse tan completamente y a la música alemana librarse del callejón sin salida al que la conducía el estilo galante de los preclásicos y de sus contemporáneos. Este estilo, es cierto, vuelve a aparecer en algunas de sus obras. Pero aún allí se escucha un acento totalmente nuevo, humano, fuerte y apasionado, que nos conduce a las cercanías del romanticismo beethoveniano. Con Mozart, las palpitaciones del corazón, la angustia humana, se expresan por primera vez en forma tan directa en la música. Es esto, sobre todo, lo que debe recordarse de su arte, y no las encantadoras gracias de un virtuosismo cortesano, de un niño prodigio, como casi siempre se le mira y admira.

Se puede decir que, en su época, Mozart ha sido verdaderamente el único en asegurar no solo la continuidad del espíritu alemán, sino en contribuir a su evolución dinámica para dirigirse hacia una nueva era. Es en el dominio de la sinfonía donde Mozart volcará su más bello fuego de artificio y donde gravitará en forma definitiva en los destinos de la música de su país. Haydn había llevado a cabo el ideal clásico de la sinfonía. Mozart irá más lejos en la profundidad expresiva, en la grandeza arquitectónica, en la riqueza del empleo de los instrumentos y en los medios de escritura. Esta producción inmensa y continua nos muestra la extraordinaria evolución mozartiana y la manera como supera a su época; Haydn aparece ahora como un final, mientras Mozart da el impulso a la música sinfónica del siglo siguiente. Sus sinfonías de juventud denuncian las influencias



de Juan Christian Bach a quien Mozart admiraba mucho, de los italianos y del estilo galante alemán.

Toda una asombrosa trayectoria contenida en un destino humano encerrado en los límites de una vida breve. Una vida que no logró alcanzar treinta y seis años y que señala la espantosa curva que va desde los halagos de todas las cortes europeas, al niño prodigio que las maravilla, a la licencia de mendigo en los últimos años en Viena y a su entierro en la fosa común.

La energía vital que le faltó para la conformación de su paso en la tierra, es absorbida plenamente por la "especulación" en su arte. Y bien podemos decir, que para cumplir su encargo artístico, su "demonio", su "duende" como dirían los gitanos, es decir, ese impulso de lo sobrenatural que vive en cada artista, realizó todo lo que estuvo a su alcance.

La simiente esparcida por la generación pre-revolucionaria germina durante la Revolución Francesa. La siguiente generación ya pudo gozar de los resultados de la lucha por la emancipación del artista. Su representante más destacado en todos los aspectos, es Ludwig Van Beethoven, el primero que solo a su arte debe la posición que ocupa. "Es fácil alternar con los aristócratas", dice alguna vez. Y esta frase ilustra nítidamente las nuevas condiciones sociales que permiten a un artista tratar con la más alta nobleza de "tú a tú". Esta emancipación social del artista debía necesariamente implicar la conquista de la independencia económica. Tal garantía de la vida material quedó establecida al crearse un sistema editorial organizado, en el último tercio del siglo XVIII.

En una época de marcadas tendencias individualistas —cuya obra

de arte resulta de la consideración del mundo desde el punto central del "Yo"— la vida del artista y su obra constituyen una unidad indisoluble. Cada obra es una confesión personal del autor condicionada por los respectivos estados espirituales, anímicos y hasta materiales.

Por eso, el conocimiento de la historia de la vida del artista es un elemento esencialísimo para el entendimiento de su concepción artística. Es bien sabido que Beethoven tuvo el destino más horrible que pueda deparársele a un músico: la sordera progresiva que lo fue aislando de la sociedad. La vida de Beethoven fue una lucha incesante contra la adversidad, a la que solo mediante fuerzas sobrehumanas logró sobreponerse. Una vez, bajo una desoladora desesperación, quiso quitarse la vida. "El arte me detuvo", escribe en el ditirámico Testamento de Heiligenstadt en 1802. Durante veinticinco años luchó contra el destino adverso y lo venció. Fue el triunfo más grande del espíritu. El elemento "lucha y superación" *Sturm und Drang*, que era su lema, es el impulso motor que mueve su vida y su creación artística y determina el aspecto interior y exterior de su obra.

Dicha actitud característica no se ha de entender solo como expresión individual, como transformación musical del ritmo de su vida, sino también como proyección de toda esa época cuyas tendencias espirituales cristalizan en obras como *Guillermo Tell*, *Egmont*, etc.

Dicho principio —lema de toda una generación que propugna por la libertad individual y predica los derechos del hombre— pierde su candente actualidad en los primeros decenios del siglo XIX. La emancipación social del individuo



había sido conquistada. La liberación política, en cambio, había fracasado. Después de la derrota de Napoleón se inició una época de la más rigurosa supresión de los derechos cívicos. El sector intelectual de la sociedad, se resigna y se recluye en la vida personal y sueña con un mundo ideal que el momento histórico le niega.

Beethoven —que vivió cerca de este decaimiento de la ideología iluminista post-revolucionaria— nunca comprendió la actitud rigurosamente subjetiva del Romanticismo. Inclusive, la tildaba de mórbida, igual que Goethe cuando le escribía a Eckermann: “Llamo sano a lo clásico y enfermo a lo romántico; la mayor parte de la nueva creación artística no es romántica porque es nueva, sino porque es débil y mórbida, y lo antiguo no es clásico porque sea viejo, sino porque es fuerte, sólido, alegre y sano”.

La obra de Beethoven arraiga en el mundo espiritual del siglo XVIII. La “humanización” de la música instrumental sustentada por el Iluminismo, cobra cuerpo en sus sinfonías profundamente humanas. Sin embargo, fue él quien dio al Romanticismo los elementos de su expresión típica, al inaugurar el proceso de desintegración de las leyes constructivas que regían ese corto período de puro clasicismo representado por la obra de Mozart. Para concretar la amplia concepción espiritual que anima su obra, Beethoven no podía conformarse con los medios técnicos de Haydn o de Mozart. En el curso de su evolución artística se emancipó de todo convencionalismo estructural. Mientras la mayoría de las sinfonías clásicas presenta idéntica estructura: un “allegro”, rico en contrastes y de tiempo más bien moderado; un movimiento lento y

cantable, “andante” o “adagio”; un minué en tiempo de danza; y otro “allegro”, más movido y ligero que el primero, las sinfonías de Beethoven se emancipan definitivamente de todo esquema formal obligatorio a partir de la tercera compuesta en 1804. Desde la Eroica, cada sinfonía, menos la cuarta, presenta una forma distinta, un aspecto individual: la tercera tiene una extensa marcha fúnebre; en la quinta, el último movimiento sigue sin interrupción al tercero; la sexta consta de cinco movimientos; en la séptima y octava, el movimiento lento está reemplazado por un “allegretto”; y la novena sinfonía ya se ha emancipado de toda convención, que en su último movimiento la voz humana se une a la masa orquestal.

Beethoven nunca vacilaba en derogar los cánones que habían regido la estructuración musical de la época anterior, siempre que lo pidiera la realización de su programa de “lucha y superación”. Es el primero que puso conscientemente la armonía al servicio de la expresión emocional y que arremetió contra el predominio de una tonalidad dentro de una misma composición. Para él ya no existe la obligación de ceñirse a una elaboración estrictamente tonal. Así, en la obra de Beethoven se realiza el anhelo de la generación de mediados del siglo XVIII que bregaba por una música instrumental profundamente humana, “vestido vaporoso del alma viviente”.

Como Miguel Angel en las artes plásticas, Beethoven se emancipó, primero entre todos, de toda convención escolástica. Solo con él comienza el arte moderno en el estricto sentido del término, con él se inicia el dominio absoluto del subjetivismo.